

ESTA IZQUIERDA QUE SE DIBUJA COMO UNA ALTERNATIVA AL LARGO PODER DE LA DERECHA, QUIZA NO SEA MAS QUE UN CENTRO O UN CENTRO-IZQUIERDA...

LA IZQUIERDA (DEL SISTEMA) EN EUROPA

EL ala izquierda que arañaba a Willy Brandt dentro de su propio partido no ha presentado batalla en el Congreso de Hannover. La socialdemocracia alemana federal es una izquierda muy moderada que cuenta en su seno con una oposición de izquierda muy moderada, la de las juventudes socialistas —los «jusos»—. Es un movimiento que hay que tener en cuenta. Se está configurando la izquierda de los próximos años en Europa, y lo que sucede en países como la República Federal Alemana, Francia o Italia interesa considerablemente. La izquierda que aparece es muy conciliadora y, al mismo tiempo, muy renovadora. Su actitud en Hannover con respecto a Willy Brandt ha sido la de aceptar sus tendencias centristas como una necesidad del momento actual: ha sumado sus votos a los que le reelegían presidente —404 votos a favor, 20 en contra y cuatro abstenciones—, se los ha disputado para la vicepresidencia al ministro de Finanzas, Helmut Schmidt —ala derecha, conservador— y ha guardado para más adelante sus reivindicaciones.

Las reivindicaciones de la joven izquierda alemana estaban lejos ya del marxismo original del partido, al que la mayoría perdió ya de vista soberanamente en el Congreso famoso de Bad Godesberg, en 1959 —y a partir de esa renuncia a sus orígenes y a sus fuentes, el partido fue declarado apto para gobernar—. Cierta coincidencia de estas reivindicaciones de los «jusos» y otros grupos de la subizquierda alemana con la izquierda francesa, pueden ir aclarando el proceso futuro.

Los jóvenes socialistas no pretenden la nacionalización de los medios de producción, sino de una «socialización» de la Banca y los sectores clave de la economía, en el sentido de que haya una especie de co-gestión —la «mitbestimmung»—, que a hora funciona suavemente en algunas esferas y que debería ampliarse. Lo que proponía la izquierda de la izquierda es solamente que en estos sectores clave, la presión del Gobierno, por un lado, y de los trabajadores, por otro, diese un carácter social a estos sectores; luego, el doble control estatal-laboral debería extenderse a las empresas multinacionales. Las reformas fiscales y legales, para evitar la concentra-

ción del capital, y las agrarias y urbanas, para evitar la especulación del suelo, algunas reformas de la educación y de la Universidad, formaban el cuadro general de una política que no han hecho demasiado hincapié para mantener, pero que será su programa futuro. Con respecto a la política internacional, tampoco han pedido los jóvenes una salida de Alemania Federal de la alianza atlántica, sino algo más moderado. Trataban de reducir el presupuesto de defensa y de que la RFA no continuase pagando por el estacionamiento de las tropas de los Estados Unidos —y las otras naciones vencedoras de la guerra, Gran Bretaña y Francia, que mantienen contingentes puramente simbólicos—; han tratado luego, en el Congreso y antes de él, de explicar que sus ideas neutralistas como base para la seguridad europea están hechas «a largo plazo» y no pretendían que se impusiesen ahora.

Brandt había hecho ya unas advertencias previas al Congreso indicando el valor de todas las opiniones, pero su decisión de no tolerar escisiones en el partido ni ninguna tendencia que se opusiese a su programa básico, el de Bad Godesberg. Y respondió más directamente a los «jusos» con esta frase: «Si perdemos el centro, seremos incapaces de gobernar». El centro, en este caso, significa muchas cosas. Significa poder mantener la alianza gubernamental con el partido liberal —centrista por vocación, muy dispuesto a cambiar de alianza si ve en ello posibilidad de beneficio o simplemente de mantenimiento—, pero significa también conservar una política extranjera que permite la apertura al Este, hasta el punto de poder recibir a Breznev en Bonn y firmar todos los tratados de reconciliación y amistad con los países comunistas vecinos y, al mismo tiempo, pertenecer enteramente a la alianza atlántica y estar en la línea militar de los Estados Unidos.

Pero cuando los jóvenes socialistas hablan de «política a largo plazo» están hablando, efectivamente, de sí mismos y de su futuro. Son los sucesores de los actuales dirigentes. El partido ha recibido en 1962 160.000 nuevos miembros: de ellos, más de cien mil estaban por debajo de los treinta y cinco años de edad. Muchos de estos afiliados acuden

con la esperanza de profundizar en esa incipiente izquierda, que aparece en Alemania con posibilidades por primera vez desde hace cuarenta años. Los exámenes demoscópicos hechos en Francia antes y después de las elecciones muestran algo similar en las adhesiones a la izquierda unida; y el programa común de los partidos socialista y comunista apenas si es algo más avanzado en sus propósitos que el de los «jusos» del partido socialdemócrata. Quizá en Italia la izquierda sea algo más radical, sobre todo cuando se muestra en los movimientos sindicales que están sustituyendo desde hace ya algún tiempo el fracaso de los partidos políticos clásicos. El problema de Italia es el de que zonas muy amplias se han mantenido en estado de subdesarrollo y se encuentran en él todavía, y aun en las zonas más industrializadas, el nivel de vida del obrero y el reparto general de la riqueza ofrece situaciones mucho más injustas que las de Francia y Alemania Federal.

Dentro de las diferencias notables que ofrecen estos tres países y cada uno de sus casos (en la RFA la izquierda surge dentro del partido gobernante; en Francia, como una unión frente a la coalición gubernamental; en Italia, como una reivindicación social frente al subdesarrollo artificial), las tendencias que se manifiestan son éstas: una absorción de los movimientos juveniles «contestatarios» (hasta el punto en que son posibles de absorber o se dejan absorber), una cierta lección de los movimientos generales de «cambio de sociedad» producidos en 1968, una infiltración cada vez mayor en el sistema del que la izquierda había estado marginada y una posibilidad de futuro. La evolución de las condiciones de vida en toda Europa, las amplias modificaciones de costumbres introducidas por la sociedad de consumo, hacen pensar que las derechas clásicas —es decir, las que se conocen hasta ahora— no van a poder seguir gobernando hacia finales de esta década. Personajes como Pompidou y lo que representa parecen ya anacrónicos: han dado de sí todo lo que tenían que dar, han sido elegidos a regañadientes y más que nada por reflejos condicionados. Podrá decirse que la izquierda clásica está también desgastada en

su imagen, y que incluso Willy Brandt, que no ha dado ni la mitad de lo que tiene que dar aún en su país y en Europa, comienzan a ser desbordados. Aun Mitterrand... Por eso la izquierda posibilista, para la que es el futuro inmediato, está adoptando estos cambios de imagen, adaptados a las nuevas formas del capitalismo, a las de una tecnología que no están seguros de si repudian o no, y un tránsito moderado hacia lo que Mitterrand define como «una sociedad feliz».

Esta izquierda que se dibuja, quizá no sea más que un centro, un centro-izquierda a la manera en que lo define J.J. Servan-Schreiber en su «ley del centro»: las naciones europeas no pueden estar gobernadas en el futuro más que por un centro-derecha o un centro-izquierda. En todo caso, es una alternativa al largo poder de la derecha, que se extiende en Europa desde el final de la segunda guerra mundial hasta hace un par de años. Las democracias cristianas, los partidos socialistas clásicos, las fuerzas llamadas de izquierda, han gobernado durante veinticinco años sin interrupción como fuerzas de la derecha y al servicio de ellas. Comienzan a recuperar su naturaleza y a ofrecer alternativas, sin destruir ciertas estructuras que les parecen convenientes para su política: la Comunidad Económica, incluso la alianza atlántica, que forzosamente tiene que ofrecer un perfil más rebajado desde el momento en que disminuye el peligro de guerra. Puede ser que esta izquierda, dentro del sistema, consiga realmente una unidad europea que no ha conseguido la derecha conservadora y una seguridad continental, incluso una situación equidistante de la URSS y de los Estados Unidos que ahora no es más que teórica, porque el sistema entero bascula a favor de los Estados Unidos y está dominado por él.

Fuera de ella siempre estará la izquierda de los marginados, la de los inconformistas, la de los revolucionarios. En estos momentos se inclina a favorecer en cierta medida la izquierda del sistema, pero es una postura coyuntural. Hay «jusos» en rebeldía, hay «gauchistes» que no aceptan el amparo de la unión de la izquierda en Francia. Es la izquierda-izquierda. ■ JUAN ALDEBARAN.